

LECCION XXIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Sexta parte de la misa. — Comunión. — Postcomunión. — *Ite, missa est.* — Bendición. — Evangelio de san Juan. — Analogías entre esta parte de la misa y la Pasión. — Sentimiento que debe dominar en nuestra alma. — Modo como se debe salir de misa.

La sexta y última parte de la misa es la acción de gracias; sabido es que entre los hombres es la gratitud un deber sagrado; ¡vergüenza para aquel que la desconoce! su nombre queda deshonrado; la mayor injuria que se puede dirigir á un hombre, es decirle: ¡Sois un ingrato! Ahora bien, la gratitud es también un deber impuesto por la Religión, pues ¿no condenó altamente Jesucristo á los leprosos que después de su curación no fueron á darle gracias? En la misa se dignó concedernos la mayor de todas las gracias, y no era de temer, no, que la Iglesia, la tierna esposa, dejase de tributarle solemnes acciones de gracias; siempre, en todos los siglos lo ha practicado así, y san Agustín dice: «Después de haber participado de tan gran Sacramento, termina todo con la acción de gracias¹.» Lo que se hacía entonces, se hace todavía, y ¡ojalá que nuestra gratitud iguale á la de nuestros padres!

La última parte de la misa contiene la *Antífona de la comunión*, la oración llamada *Postcomunión*, el *Ite, missa est*, la *Bendición*, y el Evangelio de san Juan *In principio*, etc.

En los bellos días de la primitiva Iglesia, cuando todo el pueblo comulgaba, cantábase durante la distribución de la Eucaristía salmos análogos á tan santa acción; en Oriente entonábase el hermoso cántico que empieza con estas palabras: *A la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea el alma mía, ó Dios*². En Occidente cantábase el salmo XXXIII: *Benediciré al Señor en todo tiempo; su alabanza siempre en mi boca*³. Cuando en nuestras grandes solemnidades se entonan salmos ó cánticos durante la comunión, imitamos tan piadosa costumbre; ¿qué puede haber más bello? Los festines de los reyes y de los grandes de la tierra van acompañados de cantos y de música; y ¡no resonarán melodiosos cantos durante

¹ Epist. CXLIX.

² Psalm. xli.

³ Psalm. xxxiii.

el banquete sagrado, al que Dios, huésped, manjar y comensal, invita á todos sus hijos? Mientras que las bóvedas de nuestros templos resuenan con los cánticos de nuestro amor, los Ángeles presentes al divino banquete proclaman acompañándose con sus arpas de oro la bondad de Dios y la felicidad del hombre.

Cuando la comunión tocaba á su término, el obispo hacía una señal al director del coro y se cantaba el *Gloria Patri* para poner fin al himno del banquete; mas habiendo disminuido por desgracia el fervor de los fieles, se redujeron los salmos á un versículo llamado *antífona*, porque se cantaba alternativamente por ambos coros, y esta es la oración de la misa, llamada *Comunión*.

El sacerdote la reza en la parte de la Epístola, pues mientras se ocupaba en cubrir el cáliz, el monacillo ha colocado otra vez el misal en aquel lado, que es el más conveniente para el libro, en cuanto en él están los asientos del obispo y del presbítero, y del cual no se quitaría, si una razón misteriosa no hubiese movido á leer el Evangelio en la parte del aquilon ó Norte, y si después del Ofertorio no fuese preciso desembarazar el lado del altar en que se hacen las abluciones, en que se ponen las vinajeras, en que se prepara el cáliz, etc.; pues la sacristía, de donde traen cuanto es necesario, se encuentra ordinariamente en el mismo lado.

Rezada la *Comunión*, colócase el sacerdote en medio del altar, lo besa impulsado por el amor y respeto que le dominan, y luego volviéndose hácia el pueblo, le excita á la oración y á la gratitud con estas palabras: *Sea el Señor con vosotros*, contestando el pueblo: *Y con tu espíritu*; entonces el sacerdote se dirige otra vez á la parte en que está el misal, y en nombre de todos, dice: *Oremus*: Oremos, y reza en alta la voz *Postcomunión*, que es una oración de acción de gracias. ¡Ah! si conociésemos el don de Dios y el favor que acaba de dispensarnos, ¡con qué profundo sentimiento de amor exclamaríamos al fin de esta oración: *Amen*, así sea, como una expresión de nuestro cariño, de acción de gracias y de gratitud eterna!

El número de *postcomuniones* es el mismo que el de las *colectas* y *secretas* antes del Prefacio, pues justo es igualar el número de nuestras acciones de gracias al de nuestras demandas; durante la Cuaresma se añade á las *postcomuniones* una oración llamada del pueblo, la que va precedida de la siguiente invitación hecha por el diácono: *Humiliate capita vestra Deo*: «Humillad vuestras frentes delante de Dios.» Sea cual sea la causa porque se instituyó esta oración, ya se dijese por los fieles que no habían comulgado, ó por los pecadores que cumplían su penitencia, los asistentes, mientras se reza, deben humillar sus corazones y pedir á Dios que les santifique.

Después de la *Postcomunión*, el sacerdote se coloca en medio del altar, lo besa con amor, vuélvese hácia el pueblo, y le dirige sus

últimos votos : *El Señor sea con vosotros.* ; Ah ! sí, con vosotros, piadosos cristianos, que habeis venido al asomar la aurora á recoger como los fieles Israelitas el maná caído del cielo ; alimentaos con el pan sagrado durante la jornada que comienza, pues, viajeros de la eternidad, en él hallaréis la fuerza para continuar vuestro camino hácia la patria ; sea el Señor con vosotros para iluminaros, protegeros, consolaros, conservaros el fruto del sacrificio, y recordaros lo que habeis visto y hecho esta mañana. Penetrado el pueblo ahora como nunca de una viva gratitud hácia el sacerdote que ha sido el ministro del gran sacrificio, contesta : *Y con tu espíritu* ; estos son los saludos que el pastor y el rebaño, el padre y los hijos se dirigen en el momento de separarse ; ¿ puede haber por ventura otros mas adecuados y mas tiernos ?

Finalmente el sacerdote da la señal de marcha, diciendo : *Ite, missa est*, palabras que significan literalmente : « Idos, os despido ; » como para decir, os es permitido salir, podeis marcharos. En las misas solemnes el diácono es el que canta estas palabras, en nombre del presbítero ó del obispo, de los cuales es el principal ministro : en los primeros siglos advertia á los catecúmenos y á los pecadores que saliesen de la iglesia antes de la ofrenda y de la accion del sacrificio, y por lo mismo le correspondia despedir á los fieles al concluirse la misa.

Antiguamente solo se decia : *Ite, missa est*, cuando despues de la misa no habia otro oficio alguno, en cuyo caso el pueblo podia retirarse ; mas, si debian rezarse otras oraciones ó practicar alguna otra ceremonia, en lugar del *Ite, missa est*, el presbítero ó el diácono decia : *Benedicamus Domino* : « Bendigamos al Señor ; » y en las misas de Difuntos : *Requiescant in pace* : « Descansen en paz ; » de modo que lejos de advertir á los fieles que las oraciones habian terminado, se les excitaba á quedarse para bendecir al Señor, ó para pedir á Dios en favor de los difuntos un reposo y una paz eterna.

En el dia se dice el *Ite, missa est*, siempre que en la misa se ha rezado el *Gloria in excelsis*, considerándolo por consiguiente como una señal de alegría y de gozo, y por esto es sin duda que se suprime en los dias de feria, y sobre todo durante el Adviento y la Cuaresma, en que se dice : *Benedicamus Domino*, para invitar á los asistentes á orar otra vez, y á santificarse por la oracion, el ayuno y la penitencia. En las misas de Difuntos se dice : *Requiescant in pace*. « Descansen en paz, » porque la Iglesia tiene entonces por única mira proporcionar á sus hijos difuntos el alivio y consuelo que necesitan. Al *Ite, missa est*, y al *Benedicamus Domino*, los fieles contestan : *Deo gratias* : « Demos gracias á Dios ; » como si dijese : Sí, nos retiramos con alegría, y, penetrados de agradecimiento, bendecimos al Dios que nos ha colmado de beneficios, haciéndonos partícipes de los

santos misterios. En esto imitan á los Apóstoles, quienes, despues de haber sido bendecidos por Jesucristo al subir al cielo, se fueron llenos de alegría, glorificando y dando gracias al Señor. Al *Requiescant in pace*, el pueblo contesta *Amen*, es decir, sea como deseas, oiga el Señor tus súplicas y dé la eterna paz á las almas que sufren en el purgatorio ¹ !

La misa ha terminado, mas el sacerdote no puede sin pena abandonar el sagrado altar ; siente en el alma separarse de su pueblo fiel, y esta es la causa que desde hace mas de setecientos años la devocion del sacerdote y la del pueblo hayan hecho dos adiciones, autorizadas luego por la Iglesia ².

La primera es la siguiente oracion que dice el celebrante por sí mismo y por el pueblo, y que reza en voz baja con las manos juntas sobre el altar y con los ojos bajos : « Recibid favorablemente, ó santísima Trinidad, el homenaje de mi entera sumision, y dignaos aceptar el sacrificio que aunque indigno acabo de ofrecer á vuestra divina Majestad ; haced por vuestra gran misericordia que me sea propiciatorio á mí y á todos aquellos por quienes lo he ofrecido. Por Jesucristo Señor nuestro. Así sea. »

Dicha esta oracion, el sacerdote besa el altar, eleva sus manos y sus ojos al cielo, y luego, volviéndose hácia el pueblo y extendiendo la mano, le bendice haciendo la señal de la cruz y diciendo : « Bendígao el Dios todopoderoso, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo ; » el pueblo contesta con la ordinaria aclamacion *Amen* ; esto es : Oiga Dios el voto que por nosotros formais. En las misas de Difuntos se omite la bendicion, pues de nada puede aprovecharles, en cuanto solo es para los asistentes.

¿ Cuán bellas son las ceremonias con que el sacerdote acompaña esta última bendicion ! Antes de darla, obtiene la bendicion de Jesucristo, besando el altar que le representa, eleva sus ojos y sus manos al cielo para manifestar que al Pontífice eterno que se sienta en la derecha del Altísimo, como á ministro del divino santuario y al verdadero Melquisedech, corresponde bendecir al pueblo fiel y á los hijos del verdadero Abraham, para el cielo y para la eternidad, por los méritos de sus misterios y de su cruz.

El sacerdote, como acabamos de explicar, hace al bendecir al pueblo la adorable señal, y dice : *Bendígao el Dios todopoderoso, etc.* ; es decir : *Bendígao el PADRE que nos colmó en Jesucristo dé toda clase de bendiciones espirituales para el cielo, así como nos eligió en él por su amor á fin de que fuésemos santos é irreprensibles, pues por un puro*

¹ Lebrun, pág. 642 y sig. ; Durandus, lib. VI, c. 55-57 ; Durandus, lib. II, c. 56 ; Bona, lib. II, c. 20 ; *Espíritu de las ceremonias*, pág. 377.

² Microlog. c. 22.

efecto de su buena voluntad nos predestinó para hacernos sus hijos adoptivos por Jesucristo, en alabanza y gloria de su gracia.

Bendígaos el HIJO, en quien el Padre nos ha hecho agradables á sus ojos, el cual nos rescató con su sangre, acordándonos la remision de nuestros pecados segun las riquezas de su gracia derramadas sobre nosotros, y en el que lo ha reunido todo como en la cabeza, así lo que está en el cielo como lo que está en la tierra.

Bendígaos el ESPÍRITU SANTO, que es el espíritu de sabiduría y de revelacion para conocer á Dios, el sello que se nos imprimió para creer en Jesucristo por la palabra de verdad, el Evangelio de nuestra salvacion, la prenda y las arras de nuestra herencia, hasta la entera emancipacion del pueblo que Jesucristo ganó para aumento de su gloria. ¡Así sea!

El Evangelio de san Juan es la segunda adición hecha en la misa por la devoción reunida de los sacerdotes y de los fieles. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, los Cristianos tenían la mas profunda veneración por las sublimes palabras del discípulo amado; san Agustín no desaprobaba el uso ya establecido en su tiempo de colocarse sobre la cabeza aquel santo Evangelio, á fin de curarse de algun mal; el papa Paulo V dispuso que al visitar á los enfermos se pudiesen las manos en su cabeza y se recitase el Evangelio de san Juan, y aun los mismos gentiles, sorprendidos por la profundidad y sublimidad del mismo Evangelio, decían que debía escribirse en letras de oro en los lugares de reunión, á fin de que todos pudiesen leerlo.

Los fieles deseaban con tanto ardor que se recitase al fin de la misa, que lo solicitaban expresamente en las fundaciones que hacían en las iglesias¹; mas en breve su exigencia fué inútil, pues todos los sacerdotes recitaron dicho Evangelio antes de abandonar el altar, costumbre que convirtió en ley el papa Pio V. Dícese, pues, diariamente á menos de que haya doble oficio con motivo de alguna fiesta, en cuyo caso se reza el Evangelio de la misa que no haya podido leerse; por ejemplo, cuando la Asunción de la santísima Virgen corresponde en domingo, se celebra el oficio de tan solemne fiesta, mas el último Evangelio es el del oficio del domingo, cuyo oficio se ha suprimido.

El rezo del Evangelio de san Juan va acompañado de iguales ceremonias que el del Evangelio ordinario; al principiarlo, el sacerdote excita la atención de los fieles diciéndoles: *El Señor sea con vosotros*, y el pueblo contesta: *Y con tu espíritu*. El celebrante hace con el pulgar la señal de la cruz sobre el cuadro en que está escrito el Evangelio, luego la hace en su frente, en su boca y en su pecho para protestar de su amor y de su fe, y al mismo tiempo dice: *Principio*

¹ Lebrun, pág. 678.

del Evangelio segun san Juan, á lo que contesta el pueblo: *Gloria á Vos, Señor*.

El sacerdote continúa:

« En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo » era Dios, etc.; » al decir estas palabras: *Y el Verbo fué hecho carne*, el sacerdote hace una genuflexión para honrar la profunda humildad del Verbo divino, quien para rescatarnos consintió en descender hasta tomar la forma de esclavo, es decir, del hombre esclavo del demonio y del pecado.

La idea de terminar las oraciones del santo sacrificio con el Evangelio de san Juan no puede ser mas acertada y piadosa; en efecto, las palabras que comprende resumen cuanto ha hecho el Verbo por nosotros así en la eternidad como en el tiempo; le muestran en el seno de su Padre, Dios como él, por quien todo fué criado, y el cual es vida y luz del mundo; le muestran descendido á la tierra, verdadero sol de justicia que brilló en las tinieblas, que iluminó á los que se hallaban sentados á la sombra de la muerte; nos recuerdan que solo por él somos hijos de Dios, que se hizo carne y que habitó entre nosotros, á fin de rescatarnos de la esclavitud del pecado y librarnos de la condenación eterna. Hemos visto su gloria en el pesebre, en el Tabor, en el Calvario y en el sepulcro; cada día la contemplamos en la santa Eucaristía, y le alabamos y le bendecimos porque está lleno de gracia y de verdad¹.

Al terminar el Evangelio de san Juan, todo el pueblo, por medio del monacillo, contesta: *Deo gratias*: Damos gracias á Dios, oración que, aunque corta, es tan santa, tan perfecta y tan digna de Dios, que era imposible poner fin al mas grande de los misterios con una palabra mas misteriosa y mas divina. « ¿Qué podríamos pensar, pregunta san » Agustín, qué podríamos decir, ó qué podríamos escribir que fuese » mejor que estas palabras: *Deo gratias*: Gracias á Dios? No, no puede decirse nada mas corto, escucharse nada mas agradable, concebirse nada mas grande, hacer nada mas útil y de mayor provecho » que esta oración: *Deo gratias*: Gracias á Dios². »

¡Ah! sí, gracias á Dios, pues el cielo se ha reconciliado con la tierra; la augusta víctima, esperada durante cuarenta siglos, acaba de inmolarse, habiendo sido recibida por Dios por medio del sacrificio, y por los hombres por medio de la comunión. Gracias al Padre que nos ha dado su Hijo; gracias al Hijo que se ha revestido de nuestra naturaleza; gracias al Espíritu Santo que nos santificó en Jesucristo, y gracias á la augusta Trinidad por todos sus dones, por todas sus infinitas misericordias de que es el resumen el sacrificio católico.

¹ *Espíritu de las ceremonias*, pág. 384; Lebrun, pág. 676; el P. Condren, pág. 410.

² Epist. LXXVII

Como las anteriores, terminaremos esta última parte de la misa, haciendo notar algunas piadosas analogías entre esta parte del sacrificio del altar y las circunstancias del sacrificio de la cruz. El sacerdote hace sus abluciones, *Jesús es embalsamado*; el sacerdote vuelve al lado de la Epístola despues de la comunión, *Jesús resucita*; el sacerdote se dirige á los fieles diciéndoles : *Dominus vobiscum*, *Jesús aparece á sus discípulos*; el sacerdote reza la Colecta; *Jesús tiene varios coloquios con sus discípulos*; el sacerdote dice el último *Dominus vobiscum*, *Jesús se despide de sus Apóstoles y sube á los cielos*; el sacerdote bendice al pueblo, *Jesús envia el Espíritu Santo*; el sacerdote dice el Evangelio de san Juan, *Jesús, coronado de gloria, reina triunfante en los cielos y vela por su Iglesia*.

Inútil es decir que la gratitud es el sentimiento que debe dominar en nuestro corazón durante la última parte de la misa; y si queremos avivar en nosotros aquel sentimiento, reanemos nuestra fe sobre las preguntas siguientes : ¿Quién es el que acaba de inmolarsé? ¿Por quién se ha inmolado? ¿Por qué se ha inmolado? ¿Qué me ha dado inmolándose? Meditémoslo, y, si nos es posible, evitemos el decirnos con san Pablo : *Si alguno no ama á Nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado, perpetuamente execrable* *.

Réstanos ahora decir el modo como debemos salir de misa; para saberlo preguntaremos, ¿cómo salian de ella nuestros padres en la fe? ¿Cuánta debe ser la santidad que ha de reinar en nuestros pensamientos, en nuestros deseos, en nuestras palabras, en nuestras miradas, en nuestras relaciones todas con Dios y con el prójimo! No lo olvidemos; el cielo, la tierra, el infierno mismo tienen los ojos fijos en nosotros : el cielo para regocijarse con nuestra felicidad; la tierra para edificarse con nuestra santidad; el infierno para arrebatarnos el fruto del sacrificio. ¿Cuánta debe ser nuestra vigilancia! guardémonos de regocijar al infierno, de entristecer al cielo y de hacer blasfemar entre los hombres el nombre de cristiano; vivamos como habríamos vivido el día del suplicio del Hombre-Dios, si hubiésemos asistido á su sacrificio en el Calvario; al salir de misa descendemos de la misma montaña, acabamos de asistir al mismo sacrificio. ¿Seremos por ventura como los Judíos que bajaron del Calvario aun mas endurecidos y mas ciegos, como el Centurion que publicó altamente la gloria del Hijo de Dios, ó como María y san Juan, cuyo amor por Jesucristo habia crecido á proporcion de sus dolores, que acababan de presenciar? Elijamos.

* 1 Cor. xvi, 22.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberos inmolado por mí en el Calvario, y por renovar cada día vuestro sacrificio en nuestros altares; suplicoo que penetreis mi corazón de las disposiciones que llenaban el vuestro cuando espirásteis en la cruz.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, saldre de misa con profundo recogimiento.